

Año 10  
Número 10  
Verano 2023

# Revista de Políticas Sociales

Publicación semestral del Centro de Estudios de Políticas Sociales del Departamento de Humanidades  
y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Moreno

# CRÓNICAS TERRITORIALES

*Florencia A. SIAN*

[florenciasian.s@gmail.com](mailto:florenciasian.s@gmail.com)

Estudiante de la  
Licenciatura en Trabajo  
Social UNM

“Ma, hoy no copié”, me dice. Son las 12 horas. Mientras terminamos de secar las últimas piezas, la respuesta no tarda en aparecer. Siempre es la misma, la que escucho hace años acá en la Escuela Primaria N° 6 del Barrio Jardines II.

Ese 16 de junio, en Moreno comenzó el invierno. Ese que aunque estemos en otoño te pone los pies tan fríos que no se sienten. Ese que tiene olor a silencio solitario. El que ni con dos termos calentás el cuerpo. El que en la reunión de amigos, canchereás y decís que te gusta, pero a las 6:30 de la tarde, esperando el 23, empieza a no gustarte tanto. El que te trae el aroma de la sopa de tu abuela o la tía Ana, y va desarrollando tus habilidades inexistentes en la cocina. Aquel que te hace valorar lo cálido que es tu hogar y regresar con más ganas. El que te hace pensar en el otro, en la persona que te pasa por al lado. ¿Sentirán este frío que yo siento?

Son las 7 de la mañana, hay que abrir la puerta porque ahora que se extendió la jornada una hora más, los de la mañana entran más temprano. Hablan de refuerzo pedagógico, o algo así. Ojalá reforzaran también otros aspectos. Ojalá nuestras escuelas y nuestro personal estuvieran capacitados para albergar una hora más a estos niños. Me parece bueno que haya inversión, pero se olvidan de otras cosas que también son importantes. “Más derechos y más inclusión”, magia en una hora.

A las 7 se siente el calor de los niños, que aparecen alborotados algunos, dormimos otros. También se puede sentir el frío que pasan. Le pregunto a mi compañera qué nos deparará el destino hoy, y los alimentos que nos dejaron temprano los chicos de Desarrollo son los que marcan el rumbo de nuestra jornada. A partir de ahí, es pensar qué clase de malabares vamos a desempolvar para la función de hoy, función donde buscamos destacarnos y hacer cosas ricas.

Mientras, se escucha a la dire hablar con una madre que está pidiendo ayuda con Brando en la casa, que la seño lo sigue de cerca pero necesita

## 11 y 20

que lo apoyen cuando hace la tarea. Brando ya lleva cinco años en el colegio, ya pasó por cinco seños, por el gabinete, por la cocina, por el patio cerrado, y el abierto, por felicidad, por tristezas, por contestaciones hacia los que estamos en la escuela, impertinentes y otras no tanto.

Si tan sólo la dire le dijera a la madre que lo abrace, que él necesita un abrazo. Que en los abrazos hay más aprendizajes que en toda la planificación del primer trimestre. Que él busca llamar la atención así, que tiene ganas de aprender, y portarse bien, pero está en búsqueda de aquello que no encuentra. Como si de repente el aprendizaje fuese el único deber de los pequeños, y no otras necesidades propias del crecimiento.

Seguimos cortando el pollo congelado. Vamos -de a poco- aflojando con agua caliente. ¿Cuál será el agua caliente de Brando? ¿Seremos la calidez de esos estómagos que vienen a aprender a veces vacíos, a veces llenos? Se me congelan los dedos. Y ellos son un poco mi agua caliente, mi caricia al corazón. “¿Siguen peleados?”, me pregunta Mirta y yo, que no quiero hablar de eso, pienso que le voy a hablar de las ofertas de Natura.

Vuelvo a pensar en los abrazos, las miradas que expresan felicidad y gratitud, así da gusto congelarse por un rato los dedos. Acá no es igual que en casa, que se come en silencio. A veces se prende la tele para que ese silencio no hiera tanto. Cocinar acá no es igual que en casa, acá me pagan. Con plata y con gestos que me hacen sentir que me ven, que valgo. No me acuerdo si Mirta me encargó la crema o el perfume, espero que sean los dos.

Ya son las 8. Hay que servir el desayuno antes del primer recreo. El té ya está listo para todos los salones. Hoy van a tomar todos los niños, menos el chiquito de 3º A. Él dice que no le gusta el té, que no toma eso. Pero hace dos semanas, luego de la frase manda un “gracias”. En el recibimiento, algunos se animan a abrir sus brazos y esperan el abrazo al



que nos entregamos. Entro al aula, llena de afiches coloridos que hablan sobre los adjetivos calificativos, numéricos y gentilicios. La maestra arrancó hace poco, y me comenta que se le está complicando manejar el grupo. Pienso que estos pibes hoy alzan su voz, algo están queriendo decir, y me pregunto si alzarán los adultos sus oídos para escucharlos. Ante un cambio tan fuerte, una persona nueva, cabría la posibilidad de ciertas resistencias.

Todos tienen sus tazas listas, ya nos están esperando. ¿Será muy aburrida la clase de la señora Delia? ¿Tendrá poca didáctica? Seguro es que esos estómagos ruegan por algo caliente, porque la estufa todavía no la prendimos, no están habilitadas. El frío sí.

Son como las 9. Transcurre el primer recreo, se escucha como abejitas zumbando, es obvio, nunca hay tanto ruido como cuando salen juntos todos los salones. Mientras, nosotras arrancamos a conversar con las ollas. En el recreo el olor de la comida juega a la mancha y siempre atrapa a uno que se acerca a preguntar “¿qué vamos a comer hoy?” Uno... o algunos. Por ansiedad, por hambre quizás. El olor sabe jugar muy bien a la mancha y siempre gana. A veces jugamos con Mirta a ver si adivinan qué cocinamos. Otras, les decimos que los que se ponen selectivos con el menú elijan si venir o no.

Transcurre el segundo recreo, son como las 10, los profes de educación física terminaron sus clases. Ahí quedan todos eufóricos. Más que abejas, hay una manada de elefantes. Elefantes contentos de haber jugado, de haber despegado el cuerpo de las sillas y los ojos del pizarrón. Esos cuerpos entraron en calor y no quieren salir de allí y el sol que nos comparte alguno de sus rayos cálidos acompaña la mañana. A mí me gusta bailar, siento que mi cuerpo vibra y recuerda momentos felices. No me importa la mirada del otro, los problemas que existen, no me importa nada más que dejar fluir esa sensación de bienestar que entra cuando muevo el cuerpo, el alma, el espíritu. Me lamento mucho por haber dejado mis clases de rock en el centro de jubilados, la pasaba muy bien, pero cuando regresaba a mi casa esas sensaciones que mi cuerpo sentía comenzaban a transformarse en algo feo. Algo así como sentirme mal por sentirme bien. Parece que en esa casa, tenés que acompañar la amargura de una manera puntillosa de lo contrario te impulsa a sentir eso que se debería sentir. La psicóloga de acá me dijo que tengo que empezar a trabajar ese tema, que busque una profesional. Pero si me hace bien, y mi cuerpo se siente bien, sé que se desencadenará la triste idea de que eso está mal.

En el recreo, las docentes se encuentran alertas, sobre todo las más antiguas. Han visto pasar muchas generaciones, y padecen los cambios que se produjeron en la infancia, hablan resignadas de “los chicos de ahora”. Se les ve los ojos con miedo, no pueden centrar una conversación sin estar mirando a los suyos. Lo que quieren es evitar que se golpeen, pero es difícil frenar lo que les inunda en el cuerpo.

Al fin, silencio absoluto, culminó el recreo.

Hoy hicimos milanesas de pollo con arroz, menú sencillo. Ya sabemos que al chiquito de 3º le encantan, dice que el gusto se asemeja al de los Nuggets de McDonald 's. Cada vez que se sirve ese menú, es el primero en llegar al comedor. Se puede ver en sus ojos la felicidad y la ansiedad de esa espera hasta que se le sirve. Sin embargo, pude notar algo particular en él. En los recreos siempre trae algo para compartir. En los actos, siempre trae algo para compartir. Al igual que en las despedidas, en los cumpleaños, en cualquier festejo. Ese es el punto: lo que le gusta, más que sentir el sabor de los Nuggets de McDonald 's en las milanesas, es compartir con sus amigos. Se sienta y la sonrisa no entra en el banco. Habría que fabricar una sala enorme, porque no es el único que tiene esa felicidad en la cara a las 11 y 20, cuando se disponen a venir para que sirvamos la comida.

Nos esmeramos, para cocinar rico y ponemos todos nuestros artilugios en las ollas. Este trabajo nos gusta. Lo conversamos cada tanto, cuando estamos aburridas picando alguna verdura. Nos gusta cocinar, nos gusta sentir que estamos aportando algo a los niños. La dire nos dice que somos tan importantes para los chicos como las docentes. Nuestro rol es cocinar. Pero tiene sus peculiaridades, porque cocinando acá se juegan otros sentidos. Eso sí nunca le pregunté a Mirta. No me animo a hablar de ciertas cosas que me pasan afuera. Me encierro por un rato acá, y mirando a los otros voy viviendo. Existe un mundo aparte, que encierra lo bueno y lo malo. Tal vez mi felicidad exista por un rato en este lugar.

Se termina el almuerzo. Los niños vuelven a sus aulas. Nosotras terminamos de levantar lo que dejan en la mesa. Se hacen las 11.50 hs. Se aproxima la salida. Se escucha a los padres afuera, esperando. Se escucha el gran saludo que hacen los niños de “hasta mañana” con esa “a” final que se alarga. Terminó la jornada por hoy. “Mamá, hoy no copié” se escucha a lo lejos, a las 12. Mientras terminamos de secar las últimas piezas, la respuesta no tarda en aparecer. Siempre es la misma, la que escucho hace años acá en la Escuela Primaria N° 6 del Barrio Jardines II.

## ¿Qué es ser víctima del conflicto armado en Colombia?

Juana V. ALVIADES  
CASADIEGO

[juanavalentinaac@ufps.edu.co](mailto:juanavalentinaac@ufps.edu.co)

Estudiante de la  
Universidad Francisco  
de Paula Santander,  
actualmente de  
intercambio en la UNM

### 19 de marzo de 2002

Un 24 de febrero de 2002 una humilde familia de Cúcuta, Norte de Santander, Colombia, esperaban su primogénita, con un anhelo indescriptible porque, a pesar de que ambos padres contarán con hijos antes de este nacimiento (ella con un hijo y él con tres hijos), cada uno de ellos eran varones y se esperaba que el nuevo miembro de la familia fuera mujer.

Llegó el tan deseado 25 de febrero de 2002 y a las 18:05 nació Juana Valentina Alviades Casadiego, la hija de Juan de Jesús Alviades y Martha Casadiego. Sus familiares llegaron a la bienvenida de la pequeña, su abuela paterna desnudó su cuerpecito e identificó el parecido de cada extremidad del bebe con las de sus tíos. Con alegría la joven familia regresó a su hogar para comenzar una vida llena de amor al lado de su recién nacida.

El 19 de marzo de 2002 a las 9 de la mañana, Juan de Jesús Alviades le cortó las uñas a su hija. Al poco tiempo llegó un amigo el cual le pidió que lo acompañara a revisar una motocicleta que deseaba comprar. A las 10 de la mañana se despidió con un beso en la frente de Juana y le dijo a Martha que pronto volvería. Salió en su carro blanco hacia el lugar de la cita; llegó a una cafetería, poco después el dueño de la motocicleta arribó y junto a sus amigos probaron la moto. En ese momento se acercaron dos hombres que se identificaron como policías y les pidieron identificarse.

Mientras los requisaban les dispararon en varias oportunidades y el resultado fueron cuatro muertos y una niña gravemente herida que no le pudo ganar la batalla a la muerte. A los 22 días de nacida, Juana Valentina había quedado huérfana de padre, un golpe fatal para su familia, un vacío que marcó el futuro de esa criatura. Desde ese momento, y antes de que Juana cumpliera un año, su núcleo familiar debía inscribirse como víctima del conflicto armado para ser reconocidos como tal ante la justicia colombiana.

El proceso comenzó y eran tantas las víctimas a mano de Jorge Iván Laverde, alias “el iguano”, que solo en el proceso que se inició en Cúcuta eran 32 casos, víctimas destrozadas que fueron fortaleciendo lazos y después de tantos años se volvieron familia. Juana era de las únicas menores de edad que asistió a muchas de las audiencias, pasando por entrevistas, auditorios y exámenes psicológicos, que siente y entiende lo que es ser víctima del conflicto armado en Colombia. Por eso, con 21 años, desea representar a los afectados por estos eventos y no permitir que después del gran desgaste de más de dos décadas, el Gobierno les responda ante las peticiones de reparación diciendo “que se pudrieron las propiedades y no hay recursos con qué compensarlos”.

### 7 de agosto de 2002

El 2 de mayo de 2002 en el casco urbano del municipio de Bojayá, departamento del Choco, comenzó el día con fuertes disparos que despertaron a la población a las 10:40 de la mañana. Eran combates entre paramilitares y las FARC de la zona, lo que los obligó a buscar refugio. Las familias corrían desesperadas con sus hijos en brazos y los padres rezaban para que, si por desgracia uno de esos disparos los encontrase, fueran primero a ellos que a sus hijos.

La mayoría de las familias encontraron refugio en una pequeña iglesia, donde alrededor de 600 personas acurrucadas oraban sus más sentidas plegarias para que el fuego cesara y pudieran salir pronto de allí. Llegó la noche y el enfrentamiento no cesaba, en un momento se comenzaron a lanzar cilindros bomba, el tercero cayó en la iglesia de Bellavista donde se encontraba la población civil resguardada. El saldo fueron 49 niños y más de 30 adultos muertos.

Entonces el padre Antun, que se encontraba allí, comenzó a incentivar a la población a buscar otros refugios, así que encontraron la casa de las monjas, pero los paramilitares hasta allí llegaron. No quedaba más

si no irse, el padre enrolló un trapo blanco en unos palos y comenzaron a gritar “quiénes somos, la población civil y qué exigimos: que se nos respete la vida”. Entonces tomaron unas embarcaciones y se fueron río abajo con las banderas blancas improvisadas.

El 7 de agosto de 2002 se llevó a cabo la toma de posesión de Álvaro Uribe Vélez como presidente de la República de Colombia. En el mismo momento, las FARC atacaron cerca al palacio de Nariño, donde se escucharon al menos 3 explosiones y dejaron un saldo de 23 personas muertas y otras 67 heridas. Las principales propuestas del presidente se enfocaban en la guerra y en la militarización social, donde se proponían los “policías de apoyo” que eran campesinos con conocimiento militar y que sus labores principales sería informar lo que sucedía en las zonas rurales.



## Que los perdone Dios

El nombre de esta sección es el mismo que lleva el documental realizado como medida reparadora a los 32 hechos referidos en la sentencia en contra de Jorge Iván Laverde Zapata. ¿Es este el primer paso para una “reparación integral”? Es bien sabido que la memoria nos hace libres, conocer la historia nos permite no repetirla y moldear el futuro. Un material audiovisual de lo sucedido es importante para que estas narraciones, contadas por las principales víctimas del conflicto armado, no se pierdan con el devenir de los años y que sus narradores no mueran sin ser escuchados.

¿Qué es lo más conveniente para una reparación integral? Podríamos decir que el factor económico, psicológico o tal vez la educación, pero la respuesta está en la paz, en la no repetición, en enmendar esos errores



que se han venido realizando desde hace muchísimos años. En Colombia se han firmado más de 12 acuerdos de paz desde 1984 cuando se firmó un convenio con la guerrilla de las FARC. Esto conllevó a la creación de un partido político que posteriormente se disolvió cuando sus líderes murieron.

A pesar de ello, en 1991, más de siete agrupaciones apostaron por la paz y se desmovilizaron. Lo único que pedían era vocería en la Asamblea Nacional Constituyente, sin embargo faltaban tres de los más importantes acuerdos, que se llevaron a cabo entre 2006 y 2016. Teniendo en cuenta que se ha dialogado por la paz, la no repetición, el cese al fuego, ¿por qué en Colombia sigue habiendo violencia? El factor común entre todos estos grupos al margen de la ley es su desacuerdo con las políticas estatales, la falta de vocería que tuvieron en su momento y las oportunidades que no se les presentaron.

El gobierno colombiano asume a los grupos armados como el factor que detona la pobreza, miseria, violencia, entre otros. Pero antes de ser guerrilleros fueron niños, hijos, esposos, tuvieron una vida antes y fue el Gobierno el cómplice para que recurrieran a las armas o para que se volvieran ciudadanos de bien que influyen en la sociedad. Seguramente quería influir, pero no consiguieron los medios para hacerlo a merced de una sociedad de bien.

Como personas que viven en sociedad, lo único que tienen en común los grupos guerrilleros y las víctimas del conflicto armado es el gobierno que los dirige, las pocas oportunidades que tiene un colombiano para salir adelante, el vacío estatal y lo mucho que desean que algún día haya paz. La guerra no solo trastornó la vida de los afectados, también la de todos aquellos que están detrás de las armas.